

**B**EACH Street Karl Brevard, un negro de diecinueve años, deja caer un papel en la calle, cerca de la capilla de cemento blanco del monte Calvario. Brevard se inclina para recogerlo. Un agente de Policía blanco, de andar titubeante dentro de su impecable uniforme, lleno de insignias, con el «colt» bien a la vista, sale de su «Plymouth». Le pone una multa a Brevard. Motivo, después de pensarlo mucho «/ walking». «/ walking» es atravesar una calle fuera de las anchas rayas amarillas o blancas reservadas a los peatones. En Los Angeles, lleno de drogas, de robos y de violaciones, la Policía es maravillosamente eficaz... en lo que se refiere a la circulación.

Al otro lado de la calle 102, ante el establecimiento de pompas fúnebres, grupos de desocupados y de transeúntes se coagulan: chiquillos descalzos, viejos arrugados en chancletas, muchos muchachos con nikis verdes o azules. Sobre uno amarillo hay un retrato estampado y un nombre debajo: «San Malcolm». «Ese tipo es un cerdo», se murmura en un grupo. «Todos son unos cerdos».

El agente verifica la identidad de Brevard. Cortésmente. Pero con esa arrogancia difusa, con ese tono humillante que produce en todos los negros interpelados aquí sin cesar un deseo sordo de golpear. En el «Plymouth» otro agente, con casco, envía por radio un mensaje. Es cosa de rutina: sin embargo, cristaliza la tensión en suspenso, crea una atmósfera de gran operación guerrera.

Unos instantes después, el padre Morris Samuels —blanco— y Lloyd Robbs —negro— salen del edificio de la Westminster Neighborhood Association, en frente de la capilla. Atraviesan Beach Street en diagonal, visiblemente fuera de las sacrosantas rayas amarillas. El agente pone una multa al negro y deja en paz al blanco.

Estoy en Watts desde hace veinticinco minutos.

## el ghetto

Watts vive un armisticio, que tiene más de la rendición, que desean los agentes por miedo, que de la paz cartaginesa. Hace once meses, más lejos, en la calle 116, un negro, Marquette Frye, era detenido «por conducción imprudente en estado de embriaguez». Unos días más tarde había treinta y cuatro muertos, mil treinta y dos heridos, cuarenta millones de dólares de pérdidas... Sin embargo, los agentes siguen practicando la discriminación, tanto la más tonta como la más retorcida. Siguen sacando su revolver cuando piden su permiso de conducir a los negros. Siguen considerando a los negros como sospechosos a priori.

# EL PODER NEGRO

**En Watts (California), todos se acuerdan de los tumultos del año pasado, unos con angustia, otros con nostalgia...**

La multitud se diluye. Charlo con un estudiante neoyorquino. Después de haber seguido la marcha del Mississippi ha venido «a hacer trabajo social» a Watts durante el verano. Sus labios tiemblan. Todavía es liberal, todavía es no-violento: «Están locos. Saben que cualquier incidente puede desencadenar una lucha. En Chicago, en Cleveland, en todas partes, todo empieza siempre por un choque con los policías...».

En Watts, los negros sienten todo el día y toda la noche a los policías blancos que patrullan, los coches con grandes faros que buscan, llenos de fusiles y porras, merodeando. En la percepción cotidiana del habitante de Watts, la conservación del orden blanco se traduce en represión permanente de los negros, en la búsqueda del incidente más que en la constatación del accidente.

Me paseo con Charles Kesse. Es un negro de veintiséis años, uno de los miles de jóvenes desocupados que pululan por aquí. Ha venido de Kansas, ha circulado un poco. Durante unos meses, en Alaska olvidó el color de su piel. Seis meses de prisión «por haber sido hallado en posesión de marihuana». Medio trabaja para la Westminster, asociación caritativa, como ayudante de coordinador social. Charles es amable y triste.

Caminamos. De pasada, los amigos se burlan de él: «¿Otra

vez detenido?». Vamos en coche. Miradas sospechosas o asombradas nos siguen.

—Los que me conocen se juegan —me explica Charles—. Los que no, me toman por un chivato. Así son las cosas, viejo.

Watts es, en apariencia, un curioso ghetto. No exhibe un clamor hacia arriba, como Harlem, ni ratas, como el West Side de Chicago, ni montañas de cubos de basura sin vaciar, como el ghetto negro de San Francisco. Watts, a primera vista, no es sino algo gris, un fragmento de arrabal simétrico entre las docenas de arrabales que constituyen Los Angeles. Un trozo no excesivamente sucio de la inhumana Megápolis. Un ghetto reposado, llano, casi espacioso. Único y excepcional en Estados Unidos, casi ventilado a pesar de los humos, de la niebla, de la bruma.

Ni horrible, ni repugnante, ni asqueroso, el Watts físico que flota en el silencio algodonoso y soleado de California. No hay alambradas, claro. Sino tres fronteras asfixiantes, aislantes, en una ciudad en la que cualquier barrio, rico o pobre, está ya aislado por las distancias.

## una identidad

Al Este, Alameda Avenue, contrafuerte de una zona industrial en

un olor ácido de productos químicos y chirridos suaves de las fábricas de la General Motors. Del otro lado de esta inmensa avenida, como un doble foso de protección, cementerios de coches hasta el infinito.

Al Oeste todo es prudente y limpio. Se desemboca en cuadrículas de villas con césped nítido bajo sus árboles de caucho. Allí, en el barrio «integrado» de Inglewood, un contable negro de tez clara —Malcolm le habría llamado *home-negro*— me hablará con embarazo de la gente de Watts, mientras estruja una corbata con el escudo de un colegio de Oxford. Para este *cuello-blanco*, los habitantes de Watts son escoria, lumpen, bastardos, obreros manuales sin especialización y —el contable soltará la palabra con toda la ceremonia de un editorialista del «Los Angeles Herald Examiner»— extremistas...

Al Sur, frontera administrativa: una línea de ferrocarril para trenes de mercancías.

Al Norte, en la desierta calle 92, como dos postes fronterizos más, un hombre y una mujer montan guardia alrededor de dos pancartas: «¡Trabajo!» «¡Terminad con la discriminación!».

El año pasado, la rebelión, el tumulto, la explosión como aquí se dice púdicamente, se ha extendido hasta más allá de la calle 92. Los manifestantes, los incendiarios han subido hasta ocho kilómetros más arriba. Hasta la calle 27, casi hasta la autopista de Santa Mónica. Se han aproximado



a los ultradistinguidos barrios de Beverly Hills y de Hollywood. El motín quizá no tuviera un objetivo demasiado preciso, pero —Boy, O boy!— está claro como la coca-cola que tenía una dirección bien aparente.

Sentado en unos cajones en medio de un solar, un muchacho de veinticuatro años lee tebeos con pasión. Se proclama «nacionalista negro». Participó en las operaciones de agosto de 1965. No se avergüenza de haber incendiado almacenes, de haber robado un aparato de televisión portátil, de haber tirado sobre la guardia nacional. Basta con hablar con algunos de estos activistas para comprender que hay un malentendido más entre la masa de los blancos de Los Angeles —que acarician su liberalismo mientras compran rifles furiosamente— y los habitantes de Watts: estos últimos no tienen la impresión de haber pecado. Por el contrario, traen un sentimiento de orgullo del levantamiento, por oposición a su larga humillación. El motín ha dado a Watts una identidad, una personalidad.

Casi nada ha cambiado en once meses. Detrás de las vallas, como el polvo barrido y echado bajo la cama, hay montones de basuras. Las casas, los chalets californianos de madera con verandas para la hora del fresco que, desde luego, harían soñar a los bassi de Nápoles o a los mineros de Lille, siguen en el mismo estado, no peor que el de otros ghettos de Los Angeles o el de otros barrios

de «pobres blancos». Las autoridades siguen diciéndose: «Tene-mos el mejor ghetto de Estados Unidos en lo que se refiere a la vivienda». Sólo algunas casas se derrumban una buena mañana. No hay más que seis u ocho personas en tres o cuatro habitaciones. Y sin esforzarse pueden encontrarse viviendas protegidas ejemplares. Pero en Watts no hay un solo cine —¡a unos kilómetros de Hollywood!— ni un solo drugstore, ni cafés, ni boleras, ni librerías, ni piscinas decentes al lado de todos los de Los Angeles. Aquí hay chavales y viejos que nunca han visto el mar como no sea en la televisión.

En Watts se está «ghettificado» por las distancias.

—Cuesta un dólar con veintidós ir a la playa.

—Ir al centro sale por dos dólares.

Para un europeo, e incluso para un americano, esto resulta absurdo, delirante, pero después del paro y de la instrucción el problema número uno de Watts es el del transporte. Gran progreso a partir del año pasado: en lugar de pasar cada cuarenta y cinco minutos los autobuses pasan ahora cada treinta y cinco. Entre los que tienen empleos aquí, muchos gastan la cuarta o quinta parte de su salario en transportes.

## los blancos

«Ellos no se interesan por nosotros». Ellos: una mezcla del

alcalde, las autoridades, los pequeños burgueses del valle de San Fernando, los grandes de Beverly Hills, los patronos, unos millones de Angelinos... El blanco ante todo.

No, no les da todo igual. Hay decenas de comisiones, de asociaciones, de empresas públicas y privadas que se interesan por Watts. Pero en un extraordinario magma. Con la libre empresa, que no ve absolutamente ninguna razón para invertir en Watts, a la cabeza. Pero con especialistas cuyos programas, en su totalidad, y cuyos proyectos chocan contra un muro administrativo, contra franquicias comunales y reglamentos medievales. En once meses se han gastado, evaporado, centenares de miles de dólares en estudios. Pero el habitante de Watts no vive de estudios. Ni de los pocos arreglos llevados a cabo.

No, a ellos no les da todo igual. A veces es peor: ellos están dispuestos a oponerse a cualquier mejora de la condición de los negros. Un ejemplo estridente: el problema escolar de Watts es monstruoso. Las clases están tan sobrecargadas que unos chicos asisten a las de la mañana y otros a las de la tarde. Al dedicarse a estudiar el problema durante sus horas libres, unos investigadores de la Rand Corporation comprueban que en Los Angeles, en Bellagio, en Emerson, en Richard... hay escuelas con plazas disponibles. Máquina electrónica en una mano y pluma en la otra estos bravos investigadores calculan. El año pasado crearon una asociación privada, la «Transport-a-child Foundation». Reunieron dinero organizando subastas, cócteles. Con los treinta mil dólares recogidos alquilaron autobuses. Doscientos treinta escolares de Watts seleccionados entre los mejores fueron a clase en escuelas fuera de su barrio. Primeramente pasaron de la categoría A a la C. Luego volvieron a subir a la A. La experiencia es concluyente. No se trata de un simple «proyecto». Es algo que se ha logrado. Los investigadores, pues, presentan ante una comisión de la educación nacional del distrito de Los Angeles. Estos ingenuos proponen generalizar la experiencia. Se precisarían trescientos mil dólares que habría que extraer de un presupuesto de varios millones. Discusiones. Comisiones. Subcomisiones. Respuesta: no. Era, sin embargo, algo concreto, inmediato.

Disturbios negros en Cleveland.

Disturbios blancos

en Cleveland. Un policía cachea

a un grupo de negros,

que con las manos

levantadas y apoyadas en un cartel,

empujan una gran mano blanca.

Ellos, los buenos republicanos, los miembros de la John Birch Society, que pululan en California, son poderosos al nivel de lo local. Que los negros sigan en Watts. Mientras que, precisamente, se trata de hacerles salir de ahí lo más rápidamente posible, por todos los medios posibles e imaginables.

Luego en Watts, más que en cualquier otro lugar, sin duda, los negros invocan en voz alta el «Black Power», el poder negro. En el mejor de los casos, esta idea que obsesiona a toda América hoy y que divide a las organizaciones negras significa que los negros quieren el poder económico, el poder político, el poder social. Y en el peor de los casos —para los blancos— que los negros están dispuestos a practicar la violencia para conquistar estos poderes. Ahora los negros hablan cada vez menos de integración y cada vez más de poder negro. Y, lúcidamente o en un terrible desorden, de violencia.

## ojos azules

En el mostrador del «Pat's Bar», entre un dormilón y un borracho, entre una prostituta y un chulo, he conocido al padre Morris Samuels, uno de los dirigentes de la Westminster; la Westminster intenta formar a los jóvenes, buscarles empleo. Este pastor episcopaliano, de treinta y cinco años, ojos azules, perilla rojiza, ya no cree en el paternalismo.

Dice, sin florituras:

—Nunca se han transformado las estructuras del poder a golpes de acciones caritativas.

—¿Entonces?

—Entonces no queda más que la violencia para hacer avanzar la cuestión negra —dice el pastor episcopaliano.

Sonríe:

—No se trata necesariamente de matar. Pero espero impacientemente a los negros que sepan poner a punto las tácticas del «Mau-Mau» de un modo disciplinado. Gente que sepa cortar las líneas de comunicación, interrumpir las emisiones de radio, de televisión, paralizar la máquina económica... Hay que mirar la verdad de cara, y no al bies, como buenos liberales: Malcolm X ha dado a los negros un sentido de la dignidad que nadie les había llevado. Ahora los negros lo encuentran ellos solos. Saben que no se liberarán más que si lo hacen ellos mismos. Ningún blanco sabe lo que quiere decir ser negro aquí...

Es lo que cree el pastor. Hay que ver lo que pensarán los negros de Watts por debajo de lo que dicen...

OLIVIER TODD

